

## BLOC DE NOTAS

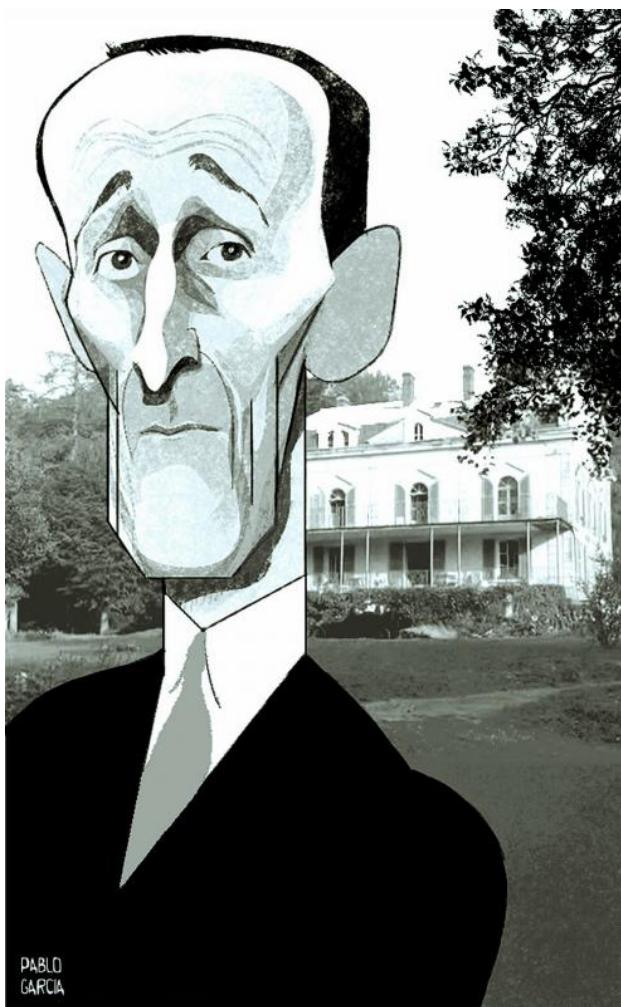
# Paisaje con Pierre Bost

Un domingo en el campo encierra en pocas y bien escritas páginas una dulce y a la vez amarga crónica familiar sobre los celos, la vida y el arrepentimiento

LUIS M. ALONSO

El otro día era domingo, un domingo soleado, y me imaginé en Saint-André-Bois en medio de un paisaje pintado por Renoir. ¿O era Monet? Allí estaba el caballete del artista reservado a fundir los rayos del sol en la paleta e iluminar aún más el campo. Luego, el jardín, con el cenador, donde la familia toma el té. Monsieur Admiral, con setenta y tres años, se lamenta de haber envejecido tan pronto. O tan tarde. Es un pintor que acaba de retirarse a un lugar, Saint-Ange, algo apartado de París. Eligió el clasicismo a costa de renunciar a las revoluciones artísticas de finales del XIX e inicios del XX: el impresionismo, el cubismo, etcétera. No le cuesta arrepentirse de ello, pero también es capaz de entender que hizo lo debido.

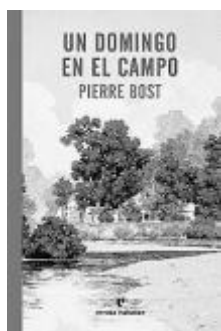
Envejece tan deprisa que cada vez le toma más tiempo, los domingos, llegar a la estación para recibir a su hijo y a la familia. La visita se ha convertido en un ritual. Gonzague viene acompañado de su esposa, Marie-Thérèse, y los dos niños. Representan el deber filial, la comodidad pequeño burguesa y los viejos principios morales. En realidad, todo resulta anticuado en **Un domingo en el campo**, la admirable novelita de Pierre Bost. Simple, hermosa, con un encanto proustiano, algo trasnochado, que sirve para ocultar de la manera más amable posible una amarga y a la vez dulce crónica familiar. Por ella transitan las virtudes escondidas de la nuera de la que jamás acertó a comprender por qué su hijo la había elegido como esposa, salvo por el hecho de que “todo el mundo se casa, igual que todo el mundo nace y muere”, y la mirada burlesca de los nietos sobre sus padres. Pero ese domingo, precisamente, el día se pondrá patas arriba con la llegada inesperada de Ire-



ne, la hija menor, la mujer liberada, que colecciona amantes en París. Encarna el azar, la casualidad, pero también es una inyección de vida. Bost elige a su personaje, el señor Admiral, para burlarse de los mezquinos pequeño burgueses y sus malditos convencionalismos. Son dignos representantes de un viejo mundo, pero él tampoco ha sabido cómo domar la modernidad. El autor capta con gran precisión y en pocas páginas los pequeños sentimientos que afloran en sus personajes: los celos familiares, el arrepentimiento y los resentimientos que va dejando la vida a su paso. Admiral no sólo es un pintor de paisajes, dibuja también las almas.

Pierre Bost, fallecido en 1975, fue uno de los guionistas de cine franceses más famosos entre los años 50 y 60 del pasado siglo, a él se deben películas tan célebres como **El diablo en el cuerpo**, **Juegos prohibidos** o **¿Arde París?**. Siempre junto a Jean Aurenche. En la década de los setenta ambos trabajaron con Bertrand Tavernier, que filmó una versión cinematográfica de **Un domingo en el campo**.

La atmósfera ronroneante y la languidez de la tarde que presagia el final del día se interrumpen con la visita de la exuberante Irene que esconde bajo su alegría de vivir el despecho amoroso. El viejo pintor ve cómo su hija favorita se escapa, mientras que Gonzague-Edouard, el hijo modelo, padece en silencio el favoritismo del padre hacia su hermana. En la novela de Bost todo funciona a la perfección, de modo simple pero eficaz. La historia está llena de ironía mordaz, a veces feroz, dentro de un precioso envoltorio. El mismo de esa noche que sucede al día que cae entre los colores perla y granate claro del cielo, “con una franja verde almendra, tersa, como trazada con tiralíneas” que nadie se atrevería a pintar.



**Un domingo en el campo**

Pierre Bost

Errata Naturae, 2018  
88 páginas, 12 euros

# Sherlock y toda su inmortalidad

Una biografía verdadera del detective más de ficción

SAÚL FERNÁNDEZ

Hay en Londres un edificio que tiene el número 221B y está en la calle Baker. No hay, sin embargo, un 221A. Ni tampoco un 219. Lo busqué: palabra. Pero no lo hallé... y no fue por mi impericia, que me apliqué de sobra, que se lo digo yo. Justo al lado del 221B de Baker Street está el 235 y en los bajos de este edificio hay una tienda de recuerdos de los Beatles que, bah, molan, pero bastante menos que Sherlock Holmes, el genuino.

Desde hace más de un siglo hay una comunidad de lectores que ha logrado construir una biografía verdadera del detective más de mentira del mundo. Y lo hizo porque Arthur Conan Doyle, su creador, tuvo siempre la manía de fechar claramente cada una de las aventuras en que su criatura se adentraba. Una delicia. Y, entre eso y el hecho de que sus ficciones pisaran terreno hollado por la verdad verdadera, logró lo inusitado: que su creación cobrara vida. El 221B de Baker Street es ahora un museo: hay muñecos, pipas, un señor mayor que se deja fotografiar con el visitante que juega a pensar que es Watson y que el siglo XXI tiene pinta de XIX. Y todo eso por el deseo de ser cuento, por el deseo de vivir dentro de un relato. Que la mejor manera de contar la verdad es inventar la mentira más certera.

**Arthur y Sherlock** es un libro de un señor friki. Se llama Michael Sims, es de Tennessee. Escribe monografías deliciosas en plan Bill Bryson, que es otro señor que lo mismo te dice cuánto pesa la Tierra o si Marlowe escribió o no las tragedias de Shakespeare. **Arthur y Sherlock** es una biografía parcial tanto de Conan Doyle como del propio Sherlock Holmes (llega a la recopilación de **Las aventuras de Sherlock Holmes**). Una delicia, insisto. Uno descubre, por ejemplo, que sí, que el doctor Joseph Bell fue el espejo en el que se asomó el escritor a la hora de crear a su criatura más perspicaz. Y lo descubre porque el propio Bell, uno de los profesores de Doyle en su época escocesa, lo contó en una entrevista, una entrevista que Sims recupera ahora para poder explicar la satisfacción del propio Bell cuando admite pletórico haber contribuido a inventar al detective más genuino de todos. Y Sims descubre también que Doyle, que era de Edimburgo, era coetáneo de Robert L. Stevenson, de James M. Barrie... Y descubriendo todo esto consigue que al lector le parezca normal que la estación de trenes principal de la capital de Escocia lleve nombre de personaje literario (Waverley) o que los escoceses celebren en familia cada 25 de enero la noche de Robert Burns. Que la literatura ha hecho mucho por Escocia y que Escocia ha hecho más por la propia literatura que la verdad verdadera.

Michael Sims es el antólogo de **Detectives victorianas** (Siruela, 2018), que es una colección de cuentos en los que las mujeres cobran protagonismo absoluto. No sale nada de Sherlock, pero da igual, la imagen de aquella criatura perdida en el 221B de Baker Street, entre reducciones al 7 por ciento de cocaína, hace tiempo que se ha fijado en el imaginario común. Y eso mola. Sims hace de Sherlock el espejo de gran niebla de Conan Doyle y en ese reflejo los lectores salimos completos. Doyle creó el castillo a conquistar porque sabía que los lectores tratarían de su conquista. **Arthur y Sherlock**, insisto, es un libro escrito por un friki, pero también es una publicación destinada al público más friki de todos. La combinación de ambas circunstancias deviene en un título para guardar en la memoria. Y para guardar cola en la puerta del 221B de Baker Street. Aunque sólo sea para comprar una gorra de cazador de gamos, la de las dos viseras. Tengo una. Me sienta superbien.



**Arthur y Sherlock (Conan Doyle y la creación de Holmes)**

Michael Sims

Alpha Decay, 2018  
384 páginas, 24,90 euros